

Prólogo

El amor, es un no sé qué, y llega cuando menos te lo esperas y de quien menos lo imaginas.

El amor es un fragmento de tiempo dedicado al renacimiento de un corazón aplastado por la vida.

El amor son esas cosas sencillas que nunca te atreves a contar por miedo a ser diferente.

El amor es una taza de café, un libro abierto con poesía calmante y relajante a tu alma.

El amor es el calor de un día frío, el frío de un día soleado, es la lluvia al amanecer y el sol después de llover.

El amor es una rosa, una carta o una mirada.

El amor eres tú en mi vida, y por eso estas cartas son para ti.

Carta 1

Todo marcha igual. Creo que siempre debería ser así, que todo marche igual. La única diferencia es que tú no estás. Eso cambia todo.

Hoy decidí no pensar en ti. Lamento comentarte que fracasé. Sí, hasta en eso fracaso.

El caso es que, lo intenté. Pero aún no puedo. Quizá todo sea cuestión de tiempo, aunque el tiempo se hace eterno en tu ausencia.

Es mi primer día sin ti.

Aún está en el fregadero la taza de café que dejaste antes de marcharte. Aún está con el poquito de café que dejaste en el fondo, el que no alcanzaste a tomarte, y aún me recuerda cuanto te encantaba el café.

Él era tu mejor amigo (El café) con él compartías cada momento. Y yo. Pues yo era tu amante. Si, tú amante, porque siempre te amé y aún lo hago.

Aún permanece el olor de tu cuerpo, el que dejaste en la habitación antes de marcharte.

Y aunque tu ausencia me mata, debo aprender que la vida sigue. Aunque en mi caso, la vida se quedó estancada en el instante en que te fuiste.

Quizá esa es mi condena por no haber luchado para que te quedes. Quizá de esa manera debo pagar yo tu partida. No lo sé. Solo sé que te extraño. Te extraño como nunca antes lo había hecho.

Presumo que es por la ausencia del primer día.

O quizá mi corazón ya sospecha que estoy preparando una vida sin ti.

Pero... ¿Cómo le explico al corazón que hoy te fuiste, cómo fingir para que él no se dé cuenta?

¿Cómo decirle que desde hoy ya no estarás más junto a mí?

No sé cómo explicarle al corazón que te fuiste con la intención de no regresar.

Quizá deba mentirle y decirle que te tomaste un descanso. Pero eso sería cruel.

Mejor dejare que se acostumbre al dolor, así no sentirá tu ausencia como la siento yo.

Primer día... solo es un día.

Tuyo siempre.

Capítulo 1

El amor resulta ser muchas veces, una enfermedad mental que domina todo tu cerebro, y controla tu corazón. Lo sé. Sé que cruelmente el amor te arma y te desvanece.

Sé a ciencia cierta, que a veces el amor acaba. No se va. Pero si se acaba, igual que todo se acaba.

Recuerdo muchas tardes frías junto a ella. Recuerdo como aquellas tardes solíamos sentarnos en nuestro balcón simplemente a ver la puesta de sol.

Ella con tu taza de café y yo... Bueno yo con el amor de mi vida entre mis brazos, y eso me bastaba.

Recuerdo que solía hablarme de la libertad, decía que las almas nacieron para ser libres.

Decía que la libertad es un decreto universal de la humanidad. Decía que algún día sería libre.

Nunca entendía de qué, pero ahora lo entiendo.

Recuerdo el día en que la conocí. Fue tan mágico, tan extraño.

La conocí un día de noviembre, un día común, un día que yo no me esperaba.

Yo no pensaba en el amor, no creía en él y mucho menos y fuera de mis lógicas, yo no lo buscaba. Y de pronto... Apareció ella.

Destrozando paredes de mi corazón cautivo con ganas de nunca sentir, cambiando ideas, llegó como una luz.

Estaba yo ahí. Parado frente a mi caja registradora. Recuerdo que en ese día empezaba mi nuevo trabajo. Era cajero en una cafetería. Ese era mi segundo trabajo en el año.

Y recuerdo que no tenía ni idea de que era un capuchino, ni la diferencia de éste con un moccachino.

Era mi primer día. Mi primer cliente. Las manos me sudaban, el corazón estaba tan agitado que pensé por un momento que podría darme algún tipo de paro cardíaco. Entonces ella llegó.

Y supe que era especial, desde ese día en que la vi llegar.

Lo recuerdo como si fuera ayer. Estaba ahí. Ella con sus típicos Jeans negros a la cadera, pegados a sus piernas. Fue lo primero que vi. Porque aún no encontraba su hermosa mirada. Recuerdo aquella camisa que traía puesta, era lila y le quedaba perfecta. Combinaba con su cabello castaño que brillaba con los rayos del sol de la mañana.

Recuerdo que me sonreía, mientras yo estaba parado, idiotizado por su hermosa figura. Pensé que era un ángel. No lo sabía, no sabía que el cielo tenga seres tan hermosos.

—Buenos días.

—Hola.

Fue lo único que se me ocurrió. En ese momento mis neuronas dejaron de funcionar. No pensaba, no actuaba.

Me quede mirando por unos segundos. Mientras yo intentaba sacar desde mis adentros una sonrisa.

Fue inútil. Dentro de mí había una explosión. Pero por fuera solo una mirada.

—¿Eres nuevo?

—Sí, soy el nuevo.

—Ahh. Ahora entiendo.

—¿Qué?

—Te enseño, ¿Vale? Debes decir: Hola buenos días. ¿Puedo tomar su orden? y luego yo te digo mi orden. La marcas en la computadora y me cobras el dinero de mi cuenta y listo.

—Sí, si lo sabía, lo siento.

—Descuida, solo es el primer día, entiendo... ¿Gabriel? —leyó desde el membrete que colgaba en mi camisa.

—Sí, Gabriel.

—Mucho gusto. Yo soy Valeria, y creo que seré tu cliente frecuente. No se imaginan lo emocionado que yo estaba. Ese fue mi mejor día, el mejor de los que venían más adelante. Y hasta ahora no me arrepiento de haberla conocido. Porque conocerla fue lo mejor que me ha pasado. Y eso es lo mejor en mi vida, ella era lo mejor.

Recuerdo como solía tomar su café. Recuerdo que antes de darle el primer sorbo, respiraba profundamente el humo y el aroma de su café.

Luego lo bebía, lentamente, sorbo a sorbo, mientras leía sus libros.

Yo permanecía parado frente a mi caja registradora. Porque tenía ante mí la escena más hermosa de todo el día. Así eran todos mis días desde que la conocí.

Notaba su mirada sobre mí, notaba como me esquivaba para que no me diera cuenta.

Pero sí la veía y amaba cuando lo hacía.

Creo que existen solo dos clases de personas en el mundo, en todo el mundo.

Están los hombres y las mujeres.

Valeria obviamente era una mujer. Por todos lados era como toda mujer.

Estatura promedio, peso promedio, zapatos ligeramente promedio, a simple vista una chica común, una chica súper normal, una chica promedio. La única diferencia era que ella no lo era. No era normal. Ella era extraordinariamente diferente en toda su manera de verla, o al menos para mí eso era.

Verla era como contemplar en ella la paz de una playa al atardecer, como esas escenas de los cuadros de Picasso.

Escucharla era como tener en tus oídos la sinfonías de Amadeus Mozart o, Ludwig van Beethoven o quizá la sinfonía novena de Schubert. Era paz y al mismo tiempo guerra.

Pero para mí encontrarla en una ciudad de 250 edificios, 1500 oficinas, 2.291.854 personas, solo podría significar una cosa.

Destino.

Carta 2

Hoy he hablado con algunas personas. Bueno el retrato de algunas personas, que básicamente es lo mismo. Porque a raíz de tu partida todas las cosas están ausentes.

A pesar de eso, no sentí tristeza, sentí soledad. Una soledad que llegó para enfriar mi alma, para demostrarme la falta que haces.

Una falta que no puedo llenarla con nada. Y aquí me tienes, escribiendo esta carta para ti.

Una segunda carta. No con la intención que regreses, la escribo con la intención de engañar a mi corazón.

Él aún pregunta por ti. Le diré que estás bien. Le diré que también preguntas por él.

Quizá de ese modo deje de patearme los sentimientos.

La verdad sigo sin comprender la razón verdadera del por qué te fuiste. Quizá no te di las rosas que tanto te encantaban. O quizá no grité lo suficientemente alto que te amo.

Tal vez no pude bailar como tú querías, yo sé cuánto te encantaba hacer eso.

Quizá me faltó tiempo. No sé. La verdad no sé qué faltó.

Quizá leas o no esta carta. No lo sé. Pero quiero contarte como está el día hoy.

Hoy amaneció el cielo triste. Anoche le conté que te extrañaba y también quiso llorar. Y lo hizo. El cielo también llora tu ausencia. Hoy el día es frío, hace falta tu calor. Eras el sol de esta casa y yo, una simple estrella que no puede brillar con su propia luz. Te necesito para hacerlo.

Hoy la casa amaneció vacía. Hizo falta tu música matutina. Despertar escuchando *Adele* no tiene precio.

Caminé a la cocina y tú no estabas preparando el café que tanto te gustaba. Pero... No te preocupes yo lo prepare por ti. Pero no hay quien lo beba. Por qué solo tú solías hacerlo.

Hoy la soledad impacta más que ayer. El reloj sigue marcando las 3:30, no quiero que avance más. Porque sé que tu ausencia solo será de segundos.

Hoy guardo más esperanzas, porque más te extraño y más te amo.

Hoy es un nuevo día. Aunque ya está acabando, es un nuevo día sin ti.

Te quiero.

PDT: Cada día te sigo esperando, aunque recién este sea el segundo.

PDT 2: No sé cómo preparar un café sin que me quede amargo.

Tuyo siempre.

Capítulo 2

Me encuentro aquí. Prometo no pensar ya más en ella. Prometo dejarle de escribir.

Pero aunque prometa muchas cosas, a veces la desesperación de una respuesta puede más que una razón.

Acostado en mi cama no hago más que pensar en ella. Es que es inevitable no sentir esa ausencia penetrante.

Recuerdo nuestras primeras citas. Recordé a donde fuimos. Y empecé a trazar las líneas rectas de las calles en las que caminamos.

Yo vestido con mi uniforme verde y café, y ella con su falda negra que le llegaba a las rodillas, con su blusa beige.

Recuerdo que conversamos de cierto libro que te encantaba. Era de Julio Verne, sí, y recuerdo que me decía que en un día le encantaría escribir su propio libro.

Hablaba con tanta pasión, con tanta entrega y con tanto optimismo, que incluso yo ya me creía que era una de las mejores escritoras. Era yo su fan número uno.

Recuerdo nuevamente que entramos a una cafetería. No era mi lugar favorito. Porque yo pasaba encerrado en una parecida todo el día y todos los días.

Pero esta cafetería era diferente. Diferente en 3 aspectos:

No era yo el cajero.

Sería yo el consumidor. Así que tenía el derecho a quejarme.

Esta era nuestra primera cita. Y no importa dónde sea, no deja de ser cita.

Y estaba con ella esa era la más importante. Yo muy nervioso. Me temblaban las manos, estaban heladas.

Nos acercamos al cajero y con una linda sonrisa lo miró. Pero esperabas que yo haga la orden... Y lo hice.

—Hola, buenas tardes.

—Hola, ¿qué desea tomar hoy?

—Yo un capuchino.

—¿Y para su esposa?

Se sonrojó. Yo sonreí, pero fue ella la que corrigió el error de Juan, el cajero.

—No soy su esposa. —dijo mientras me miraba de reojo.

—Aun no lo es —corregí mientras agachaba la cabeza para que no se escuchara.

Sonrió nuevamente. Pagamos y nos sentamos en una de las mesas de la esquina del local.

Un ambiente cálido y acogedor, a cada rincón se podía percibir el aroma caliente del café, envuelto con el rico sabor del chocolate hirviendo en la mañana.

Sonaba *Hello* de *Adele*, y me contó que era su cantante favorita.

Hablamos por horas. Ella me contaba de sus metas. Yo las escuchaba y las guardaba.

Quería cumplirlas todas con ella. Y yo solo sonreía.

Recuerdo que de la forma más tímida pedí su número. Ella me miró mientras levantaba la ceja derecha y soltabas una media sonrisa. Al final me lo dio.

Acostado en mi cama sigo recordando. Recordando mi vida junto a ella. Y pensando en la ausencia. En su ausencia.

Me habló de su familia, de su madre Maura y su padre Eduardo. No tenían una buena relación con su madre, ella no estaba de acuerdo en muchas cosas que hacía Valeria, y fue por eso que ella decidió salir de casa.

Solo mantenía relación con su padre, que la llamaba constantemente desde el día en que salió. Él vivía pendiente de ella.

Pero aunque a veces lo negaba o quizá se hacía la fuerte, ella los extrañaba, más extrañaba a su hermano, Bryan.

Pero quería dar la impresión de que no lo hacía, cuando le preguntaba de ellos tenía la habilidad de cambiar el tema de conversación.

Y entonces entendí que mejor era no topár ese tema.

Capítulo 3

Continúo recordando. Recordando nuestros comienzos con la intención de encontrar el error. Quizá encontrando ese error las cosas puedan ir mejorando, cambiando. No estoy seguro pero pretendo que sea así.

Me he sentado en el mueble gris que tanto le gustaba.

Creo que a veces los objetos guardan ciertos esquemas de lo que fue una vida pasada. No sé. Pero este mueble me atormenta mandándome recuerdos bonitos con ella.

No quiero que parezca empalagosa mi forma de recordarla, quizá hasta resulte molesto hacerlo. Pero es inevitable no sentir que en estos días me hace falta ella.

He pensado seriamente en escribir, sí, escribir un diario que relate todos los días sin ella. Ese era su sueño. Ella deseaba ser una buena escritora. Ella deseaba ser la que publique el siguiente BestSellers. Quizá yo no lo haga, porque solo ella tenía esa sutileza en las palabras.

Pero hoy, mi segundo día sin ella. He decidido transcribir mis sucesos diarios. No con la intención que vuelva, porque sé que nunca lo hará. Lo hago con la intención de recordar. Recordar las lindas historias junto a ella. Sucesos que están marcando mi vida. Y que ahora serán parte de nuestras historias.

Pero hoy me quedaré en cama. No tengo ánimos y fuerzas suficientes para ir a dar guerra al mundo.

Hoy ha sonado mi teléfono 25 veces, continuando con las de ayer. No fui al trabajo, porque no quiero que regrese y no me encuentre. Quiero estar aquí cuando eso suceda.

Y hoy por primera vez tengo ganas de un café.

Hoy la sigo recordando. El frío de la habitación no se ha marchado.
Hoy recuerdo tu primer te quiero.

Fue mágicamente hermoso. Que al recordar me produjo una pícara sonrisa.

Ahí estábamos. Parados debajo de la farola de la vereda. Antes de cruzar a la siguiente avenida. Recuerdo que eran las 8:45pm. Yo ese día había terminado temprano mi trabajo. Recuerdo que compré flores en la esquina de la señora María. A Valeria le encantaban los claveles. Solía decir que tiene un efecto mágico en su único pétalo. Era su flor favorita.

Yo fui a verla a su trabajo, el banco en donde trabajaba quedaba a dos cuadras de la cafetería.

Yo, parado fuera de aquel banco. Esperando y dejando que el guardia me clavara su mirada intimidante. Con mi uniforme de cafetero y unos claveles blancos, la etiqueta de mi camisa mostraba quien era yo.

Esto nunca le conté a ella. El guardia después de observarme por más de 30 minutos por fin me preguntó.

—¿A quién esperas?

Yo sonreí, no sabía si decirle su nombre o simplemente decirle que esperaba a una chica. Pero preferí contarle que la esperaba a ella.

—A Valeria

—¿Valeria Jaramillo?

—Sí a ella.

—Ella es una linda chica.

—Lo es, muy linda chica.

—¿Son novios?

—Es mi amiga.

—De las amistades que se llevan flores salen los novios. Las flores son las fábricas de los novios. Ese es el cupido más efectivo.

—Podría decirse que sí.

—Entonces te gusta.

—¿Valeria?

—Sí ella. Al parecer te gusta más que suficiente.

—Demasiado diría yo.

—Demasiado es poco. Si quieres conquistarla, debes amarla suficientemente en exceso. Porque solo así demostraras que de verdad te importa.

—Creo que tiene razón.

—¡Claro que la tengo! Llevo amando a mi esposa por 43 años. Y la sigo amando en exceso. Eso nunca falla. El amor nunca falla.

Yo solo sonreí y creo que él tenía razón. Porque aún la sigo queriendo. Aún la sigo amando.

Recuerdo que ella salió. Distraída guardaba su carnet de identidad del banco en su cartera verde.

El guardia le dijo unas palabras y ella sonrió.

Luego me vio. Recuerdo como si fuera ayer la expresión de su rostro.

Estaba admirada, sí que lo estaba. Porque levanto las cejas y puso los ojos grandes. Ella se quedó helada al verme, con unos claveles en mis manos y una sonrisa.

No soy Romeo, pero sé que cause un impacto en mi princesa.

Al acercarse me saludo. Y recuerdo sus fríos labios en mis mejillas secas.

—Hola. Son para ti.

—Los claveles me encantan.

—Y tú a mí.

Me miró fijamente y me abrazó. Eran las 8:43pm.

Caminamos unos minutos antes de que ella se quedara parada. Me miró nuevamente. Y soltó las palabras más hermosas de su boca.

—Te quiero.

Eran las 8:45 pm. Y resulta que para ese entonces yo no la quería... yo la amaba.